

Los senúes y la nueva sociedad cordobesa del siglo xx

ENRIQUE CORDOBA ROCHA*

POBLAMIENTO PRECOLOMBINO

El origen antillano de los caribes

Sólo recientes descubrimientos arqueológicos realizados a partir de 1954 en el municipio de Momil, han permitido establecer que cuando Cristóbal Colón y sus 125 españoles tocaron tierras de América en el año de 1492, las llanuras costeras del Departamento de Córdoba, habían estado pobladas desde hacía más de 1.000 años A.C., o sea en la época formativa, por diversos grupos que se alimentaban de maíz y trabajaban la cerámica.

Posteriormente, sobre una faja territorial de 1.600 kilómetros, próxima a la Costa Atlántica colombiana se organizó una extensa familia de tribus que se conocen con el nombre de indios caribes y de cuya procedencia existen tantas hipótesis como teorías se han ensayado acerca del origen del hombre americano.

En torno al gentilicio caribe no hay uniformidad de criterios y responde a una denominación de los expedicionarios europeos para identificar a la primera raza con la que entraron en contacto al desembarcar en el Nuevo Continente.

* El autor es experto en Relaciones Internacionales, periodista de "El Espectador" y funcionario diplomático de Colombia.

Caribe fue también una expresión legendaria que emplearon los navegantes para designar al mar que bañaba las costas descubiertas. En un esfuerzo más de la imaginación, que cercano a la realidad, se ha sostenido que "los indios antillanos, al ver a Colón y a los españoles, decían: "son carib", es decir, son maná, un espíritu. Por lo cual, los indios familiarizados con los españoles, que llevaba Colón en su nave de una isla para otra, cuando llegaban a una isla, y era el caso de aquietar a las poblaciones atacadas de pavor, gritaban, señalando a los españoles: "No son carib"; es decir, no poseen una maná nocivo"¹.

Así mismo, se ha querido buscar asociación de la denominación caribe con Punta Caribana, en el Golfo de Urabá; con los antiguos caryos del Asia y por último un clérigo en su obra "El origen de los indios" dice que "Caribe es corrupción de cariphe, como batallador, pues careb en fenicio significa batalla"².

Los investigadores encuentran semejanzas entre los primitivos normandos y los caribes de las Antillas en la organización sociopolítica y en el modo de vivir de estas dos razas, tan distintas la una de la otra.

Pero se comprenden estos parecidos si se tiene en cuenta que unos y otros vivían en un medio semejante; ambos en archipiélagos de pequeñas islas, o en tierras cercanas separadas por numerosos canales; ambos sobre el mar; el mar era el elemento primordial de su vida, el que ejercía una influencia definitiva sobre su carácter³.

Para algunos los caribes vienen del norte de México, para otros tienen relaciones etnológicas con civilizaciones mesoamericanas.

Sin embargo, la teoría más ajustada a una consecuencia guiada por interpretaciones científicas, nos permite localizar la aparición de los caribes en las Antillas, para desde allí comenzar a extenderse

-
1. Herrera Luciano. *España y los indios de América*. Imprenta Nacional, Bogotá, 1914. Pág. 13.
 2. Cuervo M. Carlos. *Orígenes etnográficos de Colombia*. Litografía del Comercio. Caracas, 1917. Pág. 10.
 3. *Ibidem*, Pág. 13.

en todas las direcciones de la cuenca del Caribe y el Golfo de México, llegando actualmente a las costas de Colombia, Venezuela y Guayana.

La esparcida red hidrográfica por el Orinoco y el Amazonas en el oriente; el Magdalena por el centro y el Sinú y el Atrato por el costado occidental, fueron indudablemente las vías utilizadas por los expertos navegantes para emprender las grandes migraciones hacia el interior del Continente americano y expandir sus influencias hasta el Mato Grosso en el Brasil y llegar a las costas ecuatoriales tomando la salida fluvial por el Pacífico.

La confrontación de los vestigios culturales dejan al descubierto el rastro de una vigorosa liga comercial que mantuvo unidas a las sociedades primitivas de México y Costa Rica configurándose una estrecha comunicación entre el Imperio Azteca y el Reino de los Incas.

El territorio colombiano desempeñó, en este período, un papel convergente en el itinerario que practicaban los aborígenes, dada su estratégica posición.

El mar representó, una vez más, el instrumento de permanente intercambio cultural y técnico hasta lograr convertirse en el vehículo de la verdadera integración americana de los tiempos prehispánicos.

Los intrépidos invasores, en bandadas, remontaron los ríos colombianos y se internaron tierra adentro hasta ocupar valles, praderas y montañas, no sin antes desplazar, eliminar o mezclarse con los pueblos aposentados en el territorio dominado por la familia de los chibchas.

En este sentido, la presencia caribe envolvió la mayor parte de la actual geografía nacional, siendo antropológicamente notable la relación guardada con las tribus que integran el bloque oriental del país, como las de los Llanos Orientales, en donde se ha reconocido la conservación de la pureza de la raza caribe y una estrecha afinidad de la nomenclatura lingüística.

Las sabanas comprendidas entre la ribera occidental del río Magdalena y las selvas del Golfo de Urabá, fueron invadidas por los aborígenes antillanos valiéndose del fácil acceso ofrecido por las

playas del litoral como lo insinúan la Bahía de Cartagena y el Golfo de Morrosquillo, y el curso mismo de las aguas navegables de los ríos Magdalena y Sinú. A través del Magdalena viajaron aguas arriba y subiendo por el Cauca llegaron hasta el río Nechí y por el San Jorge penetraron y se instalaron en la Ciénaga de Ayapel.

Por la Bahía de Cispatá entraron a la arteria del Sinú y ascendieron para luego establecerse en la Ciénaga de Betancí.

Se ha creído probable que estas migraciones en su arremetida hubiesen tomado contacto y aún destruido las poblaciones más septentrionales de la nación Senú.

"A estas primitivas invasiones se refiere sin duda la tradición de que el pueblo Senú se fraccionó en las tres secciones de Pansenú, Finsenú y Senufana, que decaídas y casi despobladas, encontraron los primeros conquistadores, pero que en época anterior fueron un solo Estado floreciente, rico y dotado de una singular civilización"⁴.

Ciertamente, a la luz de la idiosincracia, el carácter y las costumbres, el hombre originario de las sabanas de Bolívar, Córdoba y Sucre, simboliza una étnia dentro de marcadas características que lo definen por su manera peculiar de tratar el lenguaje, de reaccionar frente a las opciones que le enfrenta la vida y por su modo singularísimo de asimilar el mundo que lo circunda.

Primeras exploraciones a tierra cordobesa

Las tribus de los senúes pertenecientes al gran tronco caribe, componen el pueblo más representativo del período aborígen en el noroccidente colombiano, no sólo por extender su área de influencia sobre más de tres millones de hectáreas, sino por el esquema social y el régimen político que ingeniaron como patrón de convivencia.

La verdadera historia de la cultura senú no se conoce completamente. La teoría sobre la cual se ha montado toda la estructura de su conocimiento, corresponde a valiosos esfuerzos que se han

4. Ibidem, Pág. 28

hecho para descorrer ese velo de misterio que cubre un pasado mágico que compromete nuestras raíces.

El mayor volumen de información acerca de la psicología, religión, costumbres, organización social y su lengua, es necesario escudriñarlos en los millones de folios que los cronistas españoles —soldados o clérigos— escribieron, porque son los primeros testimonios presenciales que dan noticia del transcurrir de estas comunidades indígenas.

También los "historiadores que apelaron a documentos oficiales, a crónicas anteriores y a los recuerdos de sus más ancianos contemporáneos, constituyeron el núcleo del conocimiento tradicional de la conquista y de las primeras colonias españolas, y han sido justificadamente la base de la labor investigativa de los historiadores posteriores"⁵.

Si bien es cierto que una gran parte de los escritos de los expedicionarios europeos tropiezan con la inexactitud propia del rigor científico que requiere el estudio socioantropológico de una raza, y de los obstáculos derivados del desconocimiento del lenguaje nativo, los investigadores no encuentran otra alternativa que adoptar como base de la historiografía de las culturas aborígenes, los documentos legados por los mensajeros de la cultura de la conquista.

Como es natural, las crónicas fueron elaboradas luego de descubierto el Nuevo Mundo en 1492, por los viajeros y consisten en una pormenorizada descripción de los accidentes geográficos, informes oficiales, relatos del modo de vida indígena y comentarios con respecto a la naturaleza y correrías que llevaban a cabo en su misión expedicionaria por los senderos de América.

En octubre de 1500 el sevillano Rodrigo Bastidas, escribano de oficio en compañía del piloto Juan de la Cosa, quien ya había estado en América con Ojeda, salieron de Cádiz al mando de una expedición con dos embarcaciones.

5. Melo Jorge O. *Sobre Historia y Política*. Ediciones La Carreta. Medellín, 1979. Pág. 20.

Llegaron a costas venezolanas, avistaron el Cabo de la Vela y fueron los primeros en tocar las costas de Riohacha.

En marzo de 1501 tuvieron serios aprietos y estuvieron a punto de naufragar en las bocas de "un gran río que llamó de la Magdalena, quizá, por haberlo descubierto el día en que la iglesia celebra la conversión de esta santa. Siguió luego a Galerazamba, Cartagena, las islas de Cispatá y río Sinú, el Golfo de Urabá y dobló después el cabo Tiburón y terminó su viaje en las costas del istmo, a donde, por opuesto rumbo, hemos visto que más tarde llegó Colón"⁶.

Como vemos esta fue la primera expedición española que navegó por aguas jurisdiccionales del actual Departamento de Córdoba.

Posteriormente desde Santo Domingo se emprendieron las exploraciones tales como a Puerto Rico (1508); Jamaica (1509); Cuba (1511) y luego a la América Central.

Todas estas nuevas conquistas se gobernaban desde Santo Domingo en donde Diego Colón, hijo del Descubridor, desempeñaba las funciones de Virrey.

En 1508 al Capitán Alonso de Ojeda se le concedió la gobernación de toda la Costa Atlántica colombiana, desde el Cabo de la Vela hasta el Golfo de Urabá, a la cual se le denominó entonces, Nueva Andalucía.

Ojeda, a cambio de este nombramiento se comprometió a construir cuatro fortalezas en su territorio y a pagar al Rey, él y sus compañeros Juan de la Cosa y Diego de Nicuesa, designados Lugarteniente el primero y Alguacil Mayor el último, el quinto de cuanto ganaran en aquellas regiones, quedándoles la libertad de volver a España a disfrutar la fortuna que adquirieran.

El descubrimiento y acumulación de tesoros, eran pues, la obsesión de los españoles.

A Ojeda lo siguió Martín Fernández de Enciso. En efecto, luego de que el Rey lo nombró Alguacil Mayor "de las villas e lugares de

6. Acosta Joaquín. *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo XVI*. Imprenta de Beau, Paris. 1848. Pág. 21.

Tierra Firme", según lo estipulado en la providencia real fechada el 4 de julio de 1515 y lo dotó del privilegio de ir acompañado de 10 personas: cinco soldados, dos pescadores, dos monteros y una mujer de nombre Juana de Rebolledo, más la suma de cincuenta mil maravedíes, partió la expedición del Sinú seguida de una tropa de 200 hombres, con el sobrino y homónimo de Pedrarias Dávila. El bachiller Enciso, como se le conocía, totalmente deslumbrado por el brillo del metal, dejó de lado las penalidades de la travesía y puso sus ojos y su mente en rescatar el ansiado botín de oro.

En la "*Summa geográfica*" publicada por Enciso en el siglo XVI, que es la primera geografía en el mundo que incluye detalles de las Indias Occidentales, narra la odisea en los siguientes términos: "Desde Cartagena a las islas son todos bajos que no pueden pasarse a nado entre ellas. Desde las islas de Calamarí a las islas de Barú hay diez leguas. Entre estas de Barú y la tierra pueden pasarse navíos, si no son muy grandes; y pasadas las de Barú, más al oeste, está el puerto del Senú, que es una bahía grande y tiene la entrada por el este. Es buen puerto seguro. Hay desde Cartagena al Senú veinticinco leguas. Está Cartagena al este en diez grados y medios. El Senú al oeste en nueve grados. En el Senú se hace mucha sal; la gente es recia, belicosa; usan arcos y flechas herboladas; andan desnudos todos los hombres y mujeres... En esta tierra del Senú hay mucho oro en poder de los indios y muy fino; y es todo sobre mezcla y fundamento de plata, que ninguna parte hay en ello de cobre"⁷.

Enciso relata más adelante: "Desde este río del Senú hasta el Golfo de Urabá hay veinticinco leguas, la tierra desde costa es algo montuosa; la gente es mala, que son todos caníbales que comen carne humana. . . A cinco leguas del río del Senú, a la parte del oeste, está la isla nombrada Isla Fuerte casi una legua de tierra. En esta isla se hace mucha sal. Y más hacia el golfo está otra, que se llama la Tortuga. El Golfo de Urabá tiene catorce leguas de longitud tierra adentro, y de latitud en la boca o entrada tiene seis y siete leguas"⁸.

Enciso requirió a dos caciques senúes que fuesen del rey de Castilla

7. Enciso, Martín Fernández de. *Suma geográfica*. Editorial Estades. Madrid. 1948. Pág. 219.

8. *Ibidem*, Pág. 222.

y que les hacía saber que había un solo Dios que gobernaba el cielo y la tierra y que este había venido al mundo y había dejado en su lugar a San Pedro quien había dejado por sucesor en la tierra al Santo Padre que era el Señor del Universo y éste había hecho merced de toda aquella tierra de las Indias Occidentales y del Sinú al Rey de Castilla.

Por tanto, inquiría Enciso, en virtud de aquella merced el Papa le había dicho al Rey que los senúes debían dejar esas tierras, pues les pertenecía y que si querían vivir allí, lo podían hacer sujetos a la obediencia del Rey.

Los caciques respondieron: Que les parecía bien lo de un Dios, que no querían disputar ni dejar su religión, que debía ser muy franco de lo ajeno, que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey que pedía y tomaba tal merced debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá a tomarla, que ellos le ponían la cabeza en un palo, como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos⁹.

En una absoluta tragedia concluyó la expedición de Enciso. La impericia de los pilotos ocasionó el naufragio con pérdidas de pertrechos y provisiones, y del Sinú no le quedó al riojano más que el eco sórdido de la leyenda.

En 1529 Pedrarias organiza en el Golfo de Urabá una expedición comandada por el Capitán Francisco Becerra, con tan mala suerte que al arribar a tierras del Sinú fue víctima de la beligerancia de los indígenas pereciendo todos sus acompañantes.

Pedro de Heredia fue otro expedicionario que con ciento cincuenta y nueve hombres partió de Cartagena en 1534, con destino a tierra adentro, expresión con la que se identificaban los espesos bosques del Sinú.

El cronista Fray Pedro Aguado dejó el siguiente testimonio del contacto de Heredia con los senúes: "Caminando un día los españoles y su gobernador por un arroyo muy falto de agua, por lo cual y por el gran calor, iban los soldados muy fatigados de sed,

9. Ibidem, Pág. 220

hallaron en las barrancas de este arroyo un poblezuelo de indios cuyos moradores en él huyeron, y de ellos con su cacique o principal se hicieron fuertes en un bohío estaban, procuró con los intérpretes y lenguas que tenía, llamar de paz al bárbaro y sus indios, que pretendían con sus rústicas armas permanecer en una casa (de) paja y tal que con solo una centella de fuego que sobre ella cayera, perecieran y fueran abrasados todos los que dentro estaban, en lo cual el gobernador puso tanta diligencia y calor que casi mitigó en alguna manera la furia de los bárbaros, porque a las voces que el gobernador daba por medio de los intérpretes, diciendo a los indios y cacique que al bohío estaban encerrados, que no hubiese temor ninguno, sino que saliesen afuera del bohío por la puerta, que era pequeña, y en ellas una criatura de hasta siete u ocho meses, y viendo el gobernador aquella novedad e invención de aquel bárbaro, le preguntó que para qué efecto sacaba aquella criatura; respondió que se la daba para que comiese. Admirado Heredia de la bestialidad del bárbaro, le dijo que él y los que en su compañía venían no comían muchachos ni indios ningunos, ni tal era su pretensión; a lo cual replicó el indio interrogado que le dijese de qué se sustentaban aquellos hombres cuyos aspectos semejantes a ellos jamás él no había visto.

El gobernador le dijo que carne de puercos y de venado, y le dijo: toma, cómete ese oro, que mientras eso comieres estaremos seguros yo y mis indios de que no nos comerás tú ni tus compañeros.

El gobernador se alegró con el manjar, y haciendo nuevos halagos a los indios y al cacique, los hizo salir fuera del bohío y se llegaron donde él estaba, a los cuales preguntó quien le había dado aquella chaguala o dónde la había habido; el cual le dijo, que su mayor, el cacique del Senú, le había dado aquella chaguala, y que si querían más oro que él los llevaría al propio Senú, donde había mucho. . . Durmieron allí aquella noche, y el siguiente día marcharon con buen concierto, según lo tenían de costumbre, y fueron a dar a unas largas y rasas campiñas o sabanas de más de quince leguas en contorno, en las cuales, obra de tres leguas metidos en lo raso, estaba el pueblo del Senú, donde tenían los indios sus sepulturas hechas sobre la tierra, de suerte que desde lejos se parecían y divisaban en tal manera que una muy señalada sepultura que los indios tenían hecha a honra de su simulacro, que fue por los españoles

llamada la sepultura del diablo, se parecía y divisaba por su gran altura desde una extendida legua de distancia"¹⁰.

Los indígenas al sentir la presencia de los extraños huyeron desparovidos, situación que aprovecharon los codiciosos soldados para excavar las sepulturas y llevarse de las casas "más de cuarenta mil pesos de fino oro".

Cuenta Aguado que en otra ocasión ante el "saqueo y robo de lo que en aquel pueblo había" los senúes a órdenes de un capitán indio "con mucha facilidad se apoderaron de los bergantines y mataron los soldados que dentro hallaron y el cacique con la misma presteza tomó el resto de la gente que le quedaba, que era grande cantidad, y de noche, con la luna, dió en el Capitán Ojeda, que estaba alojado en el propio pueblo de Tucurru con más confianza de la que debía tener para estar en tierra de enemigos, y allí, antes que tomasen las armas, les mataron muchos soldados, y después se trabó entre todos la pelea bien reñida por ambas partes; pero como los indios eran en número muy desiguales a los españoles y peleaban de noche y eran diestros en la tierra y sabían las guaridas tenían muchas ventajas a Ojeda y a sus soldados"¹¹. Ese fue el final de las andanzas del capitán Ojeda tierra adentro del Senú.

En 1535 Alonso de Heredia al comando de una expedición llegó y fundó a Santiago de Tolú. Atraído por dar con la fuente del oro, organizó una travesía al reino del Finsenú.

Pedro Cieza de León, quien lo acompañó en esta peripecia escribió más tarde en su "*Crónica del Perú*" en torno al Senú: "en los ríos hay gran cantidad de lagartos, que son tan grandes y fieros que es admiración verlos; en el río del Sinú he yo visto muchas y muy grandes y comido hartos huevos de los que ponen en las playas; un lagarto de estos hallamos en seco en el río San Jorge, yendo a descubrir con el Capitán Alfonso de Cáceres las provincias de Uru-té"¹².

10. Aguado, Fray Pedro. *Recopilación historial*. Imprenta de la Empresa Nacional de Publicaciones. Bogotá, 1957. Págs. 17, 18 y 19.

11. *Ibidem*, Pág. 24.

12. Cieza de León, Pedro. *La Crónica del Perú*. Editorial Espasa Calpe. Buenos Aires, 1945. Pág. 37.

El Senú siempre significó una leyenda mítica para los europeos en el siglo XVI, que vieron detrás de una cultura primitiva el emporio de riqueza de oro —en templos y sepulturas—, que les permitiría enriquecer rápidamente las arcas personales y los despachos comprometidos con el Rey.

El oro tuvo una doble función en el proceso colonizador del Senú, puesto que su búsqueda ocasionó el inmediato exterminio de las tribus por la ambición del invasor, a la vez que fue el imán que estrechó la relación de los cronistas con la cultura americana.

Y, todos estos testimonios y observaciones son los que han servido para reconstruir la secuencia histórica que labraron nuestros antepasados.

Los senúes, una raza extinguida por la conquista

Los senúes eran habitantes de vida lacustre. Fueron vecinos del mar pero tuvieron la tendencia a ocupar áreas retiradas del litoral y de los esteros.

Sus caseríos los levantaron en barrancos y playones al borde de las ciénagas y los ríos. Su esplendor data de mil años antes de la conquista de América y tomaron su nombre del río Sinú, columna vertebral del sistema hidrográfico regional y fuente alimenticia de reconocido alcance para los moradores de la zona.

Constituyeron una nacionalidad con personalidad propia cuyos dominios sobrepasaron la actual superficie del Departamento de Córdoba, extendiéndose hasta el suroccidente de Sucre y el noroeste antioqueño.

Finsenú estaba localizada cerca de la ciénaga de Betancí y era una próspera ciudad de calles bien delineadas, amplias plazas rectangulares para realizar las actividades de mercadeo y llevar a cabo concentraciones populares, dotada de un inmenso templo con imágenes talladas en madera y recubiertas con oro y vivos colores.

Contaba con las más imponentes edificaciones por ser la sede principal del país senú, bajo el gobierno de una cacica con jurisdicción y mando sobre otras concentraciones aborígenes.

El poder de la cacica Tota de Finsenú, abarcó toda la hoya del río

Sinú, aguas abajo hasta su desembocadura en el Océano comprendiendo poblados menores como Mocarí, Cereté, Gaita, Ciénaga de Oro, San Andrés, Tuchín, Momil y Chimá.

Era además centro ceremonial y depósito para el almacenamiento de alimentos.

La presencia de una mujer en la cima del gobierno en uno de los tres reinos, permite estimar la existencia de un alto grado de desarrollo dentro del proceso político senú.

Dado el mayor número de aldeas y de estar habitado por tribus de gran espíritu comercial y por el mismo hecho de cultivar los playones y valles más fértiles, el reino de Finsenu poseía los más ricos caudales del tesoro de la nación.

A los anteriores factores de preponderancia Finsenu, se agregaba la circunstancia de contar con una diversidad de caciques de menor rango quienes tuvieron por misión estimular la creación de escuelas de orfebrería, encaminadas a transformar el oro procedente del Alto Sinú, mediante el empleo de adelantadas técnicas de fundición, aleación, martillado y vaciado mezclándolo con el cobre y la plata.

A más de un centenar de kilómetros al oriente de esta capital, a orillas de otra ciénaga, tuvo asiento la segunda gran ciudad de la civilización senú: se trata del Pansenu, centro que ha sorprendido por haber desarrollado un sistema de agricultura tecnificada a través de distritos de riego y drenaje con camellones de siembra sobre más de 200.000 hectáreas, aprovechando el curso de las aguas del río San Jorge y varios caños alledaños.

El Pansenu, como el Finsenu, impulsó su organización social a lo largo del trecho final de otro río, el San Jorge y su cacique se llamó Yapel. El poblado más norteño del Pansenu era Jegua, región que se caracterizó por los plantíos de yuca y ñame así como considerables extensiones destinadas a las huertas caseras sembradas de frutales, especialmente aguacate y caimito.

La base administrativa del tercer centro tuvo por nombre Sefuna y por cacique a Nutibara, hermano de la cacique de Finsenu y el más poderoso de todos. Si Finsenu fue la despensa agrícola, Senufana fue la veta que surtió de los fabulosos volúmenes de oro las

necesidades que los talleres órfebres de Finsenu requirieron para elaborar artísticamente formas de la fauna.

Los miembros de Senufana se concentraron en las márgenes del bajo río Cauca y su tributario el Nechí, de donde se proveían del pescado que fue elemento básico en la alimentación de la raza, el cual guardaban salado o ahumado.

Las viviendas de los senúes eran chozas construidas con paredes de caña, techos de palma y pisos de barro. Fue costumbre dormir en hamacas que colgaban de los horcones que sostenían en pie las casuchas y para preparar los alimentos siempre fue usual construir detrás de la casa principal, una chocita dotada de hornillas que colocaban encima de una troja o en el suelo sobre la base de tres piedras que formaban un fogón atizado con leña.

Esta sociedad fundamentó la producción agrícola en extensos cultivos de maíz, yuca y frijol que cosechaban a la sombra de los árboles frutales, y labranzas de raíces que los españoles apreciaron como batatas, himoconas y ajos. Ligaban su comida con carnes de venado, conejo y tórtolas.

El intercambio comercial de toda esta producción lo realizaban aprovechando la facilidad de transportes y comunicaciones que brindaban el río, los caños y la ciénaga.

Desde que los españoles llegaron a Cartagena y tuvieron conocimiento por boca de los nativos que varias leguas al sur, en la región del Finsenu, unas tribus navegaban en la abundancia del oro, los conquistadores no cesaron de atravesar poblaciones indígenas "en que no les faltaron muchas guazabaras, con los indios que fueron encontrando, en que les mataron algunos soldados, en especial en un gran pueblo llamado Guatena, donde les hicieron los indios rostro tan valientemente, que sin cesar duró la pelea una noche y un día"¹³.

13. Simón Pedro, *Noticias Historiales*, Tercera Parte, Primera Noticia, Págs. 118 y 119. En: Lemaitre Eduardo. *Historia General de Cartagena*. Tomo I. Banco de la República. Bogotá, 1983. Pág. 72.

Al llegar al Finsenú los españoles se encontraron con que una buena parte de los tesoros habían sido exhumados por los nativos en sus sepulcros. Esta fue una zona que se caracterizó como epicentro ceremonial y cementerio comunal de la región por lo que concentraba el interés de los saqueadores del oro enterrado en las sepulturas. Los inmensos volúmenes del oro del Finsenú, procedía del reino de Senufana, y era obtenido mediante el trueque de sal de Isla Fuerte y mantas tejidas por los aborígenes del bajo Sinú.

El cronista Johan de Vadillo anota sobre el comercio entre las dos poblaciones, "a éstos, traen oro en caricuríes, que es ciertas piezas que se ponen en las narices, que las que traen de allá pesan a cuarenta y cincuenta pesos hasta ciento, y los del Senú llevan mantas sal, indios y piezas de oro labradas, y éstos dan caricuríes y oro por fundir; y esto se cree, porque en el Senú y sus comarcas había maestros de labrar oro y hallándose allá las mismas piezas que en el Senú y lo mismo se halla acá en Urabá, como dire"¹⁴.

Se dice que cuando los expedicionarios llegaban a suelo sinuano no querían retornar a Cartagena, puesto que enloquecidos abriendo los túmulos funerarios "rehusaban alejarse de la tierra de los santuarios", que ambicionaban continuar descubriendo, para no volver a Cartagena con las manos vacías".

En los siglos XVI y XVII, en el departamento de Córdoba tiene lugar la formación de una sociedad, salida del contacto entre la maltrata clase indígena y los españoles.

Los peninsulares se hacen dueños de las tierras y fortalecen su poder en los campos y en los nacientes centros urbanos.

Para la construcción y trazado de las villas se adopta un tipo de estructura física popularizado por los romanos de donde fue tomado por los españoles. Es la conocida forma planimétrica de tablero de ajedrez, partiendo de una plaza central que en principio concentra las funciones más importantes de la ciudad: iglesia, edificios públicos, etc.

14. Vadillo Johan, Carta del Licenciado J. de V. a su Magestad. Octubre de 1537. En: Duque Gómez Luis, *Museo de Oro del Banco de la República*. Editions delroisse. Bogotá, 1982. Pág. 29.

Durante este período colonial en el que se fundan y refundan las principales poblaciones cordobesas como Lorica, San Andrés, Montería, Cereté, Chinú, Ayapel, Ciénaga de Oro y Sahagún, surge un enfrentamiento entre los diversos grupos étnicos que corresponden a verdaderas clases sociales que se caracterizan así:

- a) Grupo blanco, compuesto por españoles provenientes de familias plebeyas que se hacen ricos y poderosos.
- b) Grupo criollo, son los hijos de españoles nacidos en América quienes ya son dueños de algunas haciendas y minas.
- c) Indios son aquellos grupos de peones de haciendas, minas y talleres.
- d) Mestizos, mezcla de español o indio o negro, que incluye a mulatos, zambos o pardos.
- e) Negros, que son esclavos o libertos y ejercen como peones, vaqueros y mineros.

En el Sinú, a fines del siglo XVIII se produce la consolidación de los estratos sociales bien diferenciados, precisándose una marcada participación de los indígenas y de los negros en la composición étnica y cultural de la población. Agentes que si bien se mantendrán constantes recibirán nuevas influencias de las corrientes migratorias llegadas al Sinú en el siglo XIX y XX.

Córdoba, cuna de migraciones

El potencial de recursos mineros, la riqueza agropecuaria de su valle, las calidades ecológicas y la idiosincracia receptiva y cordial de sus pobladores, hicieron del Sinú un epicentro de permanente atracción para europeos, siriolibaneses, africanos, norteamericanos y antioqueños que tuvieron algún interés por instalarse y emprender nuevos horizontes de progreso en el norte de Colombia.

Desde los albores de la conquista española, el departamento ha venido experimentando importantes incursiones foráneas, en las que cada una contribuye significativamente dentro de un proceso de mestizaje, para dar origen a una sociedad con ricos valores culturales.

El ingreso de estos nuevos grupos humanos no se pueden desconocer al tratar de explicar los factores que inciden en el desarrollo socioeconómico de la región.

Evidentemente, en la formación de la hacienda, el comercio, la política y la evolución social encontramos latentes los aportes de los inmigrantes.

Por eso, para entender la conducta y comportamiento de esa nueva sociedad cordobesa es necesario comenzar por conocer la llegada de estas corrientes migratorias al territorio cordobés.

El departamento registra mestizajes con colonizadores venidos de España, Italia y Francia, entre los siglos XVI y XIX. Norteamericanos y siriolibaneses desde el último cuarto del siglo XIX y antioqueños a partir de 1911.

Por todo lo anterior, Córdoba es hoy un departamento que brinda un novedoso paisaje cultural con un dinámico mestizaje de la vieja raza española y el segundo contingente de blancos siriolibaneses, pero manteniendo un denominador étnico, dominante: el aborigen senú, que constituye junto con las minorías negroides el sustrato racial básico.

El hombre cordobés refleja la influencia de los diversos elementos mencionados, que dan origen a un patrón cultural complejo, enmarcado dentro de una estructura socioeconómica típica, inherente a la identidad colombiana.